

Llevándose consigo á Manuel de Silva y otros portugueses de importancia, comprometidos en la defensa de la isla. Mas se hallaban los franceses en sobrados apuros para quedar libres con tan suaves condiciones; por lo que tuvieron que pasar por las que les impuso el marqués de Santa Cruz, á saber: que se rindiesen salvando las vidas, entregando las banderas y las armas, excepto las espadas, pudiendo en seguida trasladarse á Francia, quedando prisioneros los franceses que habian sido cogidos durante la pelea. A tenor de estas condiciones el 4 de agosto se presentaron los franceses en el castillo del puerto de Angra, donde entregaron diez y ocho banderas, las armas de todas clases, menos las espadas, y demas efectos de guerra que tenian. Ascendian á dos mil y doscientos los franceses que se rindieron á los españoles; mas todavía faltaban cerca de seiscientos para completar el número de los que habian aportado á la Tercera, pudiendo presumirse que se habrian escondido unos, evadido otros secretamente de la isla, y otros muertos en el campo de batalla.

Andaba el gobernador Juan de Silva vagando por la isla, por las pesquisas que de todas partes se hacian por orden del marqués, que habia puesto á precio su cabeza. Al fin cayó en manos de un soldado llamado Juan Espinosa, quien le puso en las del marqués el 10 de agosto. Fué conducido inmediatamente á la galera capitana, y de aquí al puerto de Angra, donde tres dias despues fué degollado por manos del verdugo, al mismo tiempo que algunos otros principales partidarios que habian seguido el pendon de don Antonio. Tambien fueron ahorcados otros de menos nombradía.

Aunque se perdonó la vida al vecindario de la isla, no dejó el marqués de Santa Cruz de tomar medidas de rigor que le parecieron necesarias. Mandó hacer muchas prisiones, sobre todo de frailes, que se suponía tenian la parte principal en la resistencia de los habitantes. Confiscó, mientras el rey disponia otra cosa, los bienes de

todos los vecinos de las seis islas que habian negado su obediencia al rey católico. Puso en libertad á todos los presos que habia por asuntos políticos, y decretó indemnizaciones de los perjuicios que se les habian irogado. Despues de arreglar todos estos negocios y asegurado los puntos fuertes con buenas guarniciones y gobernadores leales, se embarcó el marqués de Santa Cruz á últimos de agosto, y tomó la vuelta de Lisboa, adonde llegó á principios de setiembre.

Así con la conquista de las islas Terceras, quedó Felipe II pacífico Jueño y señor de todos los dominios de la monarquía portuguesa.

## CAPITULO LVII.

Asuntos de los Países-Bajos.--Sitio de Amberes por el príncipe de Parma.--Dificultades de la empresa.--Ocupa Alejandro las dos orillas del Escalda.--Construye un puente para cortar las comunicaciones de Amberes con el mar.--Descripción de la obra.--Toma de Gante.--Intentan los sitiados desbaratar el puente.--Burlotes.--Voladura de una gran parte de la construcción.--Desastres.--Se repara el daño.--Atacan los sitiados el contradique de Colvesteins.--Son rechazados con gran pérdida.--Abren sus puertas Bruselas y Malinas.--Nuevos esfuerzos infructuosos de los de Amberes para abrir sus comunicaciones con el mar.--Se ven precisados á rendirse.--Condiciones de la entrega.--Recibe el príncipe Alejandro el collar del Toison de oro.--Su entrada triunfal en Amberes (1).

1584—1585.

**L**A incorporación del reino de Portugal en los vastos dominios que ya poseía el rey católico, acrecentó naturalmente el miedo, la suspicacia, la secreta envidia de que era objeto para los que se llamaban sus amigos, así como dió nuevo fuego al odio de sus enemigos declara-

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos concernientes á los Países-Bajos.



dos. Se hallaban éstos en los Países-Bajos, en Inglaterra, y aun puede decirse en la corte de Francia, donde tantos medios directos se empleaban para suscitarle hostilidades. Se acercaba el tiempo del desenlace de los grandes dramas que entonces se representaban en esta parte de la Europa; donde tantas pasiones, tantos intereses, tantas creencias religiosas se hallaban en una pugna abierta. No es posible comprender bien el reinado de Felipe II sin pasar en revista todos estos grandes acontecimientos; y nosotros, que en este trabajo nos hemos propuesto por objeto presentar un cuadro, aunque abreviado, no solo de lo que hizo un rey, sino de lo que pasó en su siglo, le tendríamos por incompleto si no echásemos los ojos á menudo sobre otros Estados donde influía por unos medios ú otros su política. Para continuar nuestra tarea, volveremos por ahora á los Países-Bajos, donde dejamos al príncipe de Parma aprovechándose hábilmente de los dos grandes acontecimientos que habian ocurrido, á saber: la expulsion de los franceses y la muerte del temible príncipe de Orange. Acababan de caer en sus manos las plazas fuertes de Iprés y de Brujas. Vacilaba Gante estrechada por la fuerza, agitada además por muchos elementos de discordia que fermentaban dentro de sus muros. Mientras padecía tanto esta ciudad, en mil sentidos diferentes combatida, concibió y puso en ejecución el príncipe de Parma un proyecto mas grande, mas importante, á saber: la expugnacion de Amberes, sitio principal de la insurreccion, asiento por entonces de su gobierno, la plaza mas importante del pais por su poblacion, por sus riquezas, y sobre la que estaban fijos los ojos de la Europa entera.

Bajo el aspecto político, y aun bajo el militar, por ser uno de los hechos de armas que mas ruido hicieron en la última mitad de aquel siglo, merece el sitio de Amberes una relacion algo menos sucinta que las que hasta ahora hemos consagrado á las empresas militares. Está situada esta ciudad, conocida tambien con el nom-

bre de Antuerpia, en la orilla derecha del Escalda, tan ancho por aquella parte, que la constituye en un verdadero puerto de mar, adonde llegan y fondean con comodidad navíos de alto bordo. Aunque despues de la época á que nos referimos han recibido sus obras marítimas una extension tal, que forman de Amberes el puerto principal del mar Germánico ó del Norte, ya entonces eran de bastante importancia para hacerle representar un gran papel como emporio de comercio. De sus riquezas, de sus manufacturas, de los buques de todas las naciones que á sus muros acudian, hemos hablado en su debido tiempo. En lugar de haberle privado de su importancia la guerra viva de que eran teatro los Países-Bajos, se la habia aumentado en sentido político y militar, pues aunque no lo era en realidad, se la consideraba como la verdadera capital de Flandes.

Concibió, pues, el príncipe Alejandro un gran plan, cuando pensó tan decididamente en poner sitio á una ciudad a todas luces tan considerable; pero pareció demasiado atrevido y casi de imposible ejecución á muchos de sus capitanes. Alegaron lo fuerte de la plaza, lo difícil y casi imposible de privarla de recursos por el mar, lo azaroso de emprender un sitio dejándose á la espalda á Gante y Terramunda, la escasez de tropas que tenia Alejandro á su disposicion para abrazar y acudir á tantos puntos á la vez, la facilidad en que se hallaban los de Amberes para soltar las esclusas de los diques y canales, y causar una inundacion en el campo de los sitiadores, como habia sucedido en Leyden, etc. Mas á estas razones respondió Alejandro, que en ocasiones como la presente se debian emprender acciones arrojadas que impusiesen terror al enemigo; que presentándose las cosas tan favorables á la causa del rey con la muerte del príncipe de Orange, se debian aprovechar estos momentos de desmayo y fluctuacion en que se hallaban los flamencos; que no era difícil cortar la comunicacion de Terramunda y Gante con Amberes; y que aunque el Escalda corria tan



ancho por aquella parte, no faltarian medios, si no para impedir el que recibiesen socorros por mar, á lo menos de disminuirlos hasta el punto de causar en la ciudad escaseces y apuros, aumentándose así el número de los descontentos de aquel estado de cosas, y creándose elementos de discordia y anarquía, que tan eficazmente servirían al objeto de los sitiadores.

Se resolvió, pues, definitivamente en setiembre de 1584 el sitio de Amberes, y con este motivo se pusieron en movimiento las fuerzas disponibles que no eran en otra parte absolutamente indispensables. Se hallaba parte de ellas en Frisia, bajo las órdenes de Francisco Verdugo, que tenia al frente á Guillermo de Nassau, teniente de Mauricio, nuevo príncipe de Orange. Estaban situados en Colonia dos regimientos alemanes al mando del conde de Aremberg: en Zutphen algunas tropas de caballería; y el marqués de Renty con su tercio de valones hácia el Mediodía, para oponerse á cualquiera movimiento que por el Artois y el Haynault hiciesen los franceses. En Brabante y la provincia de Flandes, á las órdenes inmediatas de Alejandro, militaban cuatro tercios con cuatro regimientos extraordinarios, y ademas otros tres que acababan de llegar de España despues de sujetadas las Terceras. Con todas estas tropas, que ascendian á diez mil infantes y mil y quinientos caballos, procedió Alejandro Farnesio á las operaciones del asedio.

Estaba preparada Amberes para hacer frente á la tempestad que ya veia tan próxima. Aumentó todos sus medios de defensa su gobernador Felipe Marnix, señor de Santa Aldegundis, quien despues de la muerte del príncipe de Orange, era la persona de mas influencia entre los confederados. No se intimidaron los habitantes por ver á los enemigos tan cerca de sus puertas, pues aunque no podían recibir socorros por tierra en razon á la escasez de tropas que entonces habia en el pais, confiaban en su puerto y en su rio, que les proporcionaba comunicacion con todas partes, y la facilidad de no ca-

recer jamás de viveres y demas provisiones necesarias. A la seguridad, á la fortificacion de las dos riberas del Escalda, consagraron, pues, sus primeras atenciones. Construyeron en la derecha, que corresponde á la provincia del Brabante, y á tres leguas por bajo de la ciudad, el fuerte de Liefkenshoec; y en la izquierda, que pertenece á Flandes, añadieron nuevas defensas al de Lillo, que ya lo habia sido por el duque de Alba. Ademas establecieron varios reductos entre los dos fuertes y la plaza, teniendo tambien el medio de coronar todas estas precauciones con la de inundar el pais que corresponde á la última provincia. Aunque con experiencia de la actividad y saber que desplegaba en todas ocasiones el príncipe Alejandro, no concibieron grandes temores de su tentativa. Mas el general español tuvo medios, como se verá, de acabar con tan gratas ilusiones.

El mismo interés de los de Amberes en fortificar las dos riberas del Escalda, manifestó su enemigo en destruirles sus trabajos; tan convencido estaba de que no cerrándose este caudaloso rio, jamás se apoderaria de la plaza. Habia llegado ya á la sazón cerca de sus muros con todas las fuerzas disponibles, y establecido su campo en Beveren, á dos leguas de distancia. Fué su primera operacion destacar dos cuerpos considerables, uno de cuatro mil hombres de infantería y ocho compañías de caballería, á las órdenes del marqués de Rubais, para expugnar el fuerte de Liefkenshoec, y otro mandado por el conde de Mansfeld, compuesto de tres mil infantes y cuatro compañías de caballería, con objeto de practicar la misma operacion en el de Lillo. Mientras tanto envió otros destacamentos con objeto de impedir toda comunicacion entre Amberes, Terramunda, Gante y Malinas, colocando como puesto principal en Villebroock el tercio de Agustin Iniguez, que acababa de llegar de la Tercera.

Fué dichoso el marqués de Rubais en su ataque sobre el fuerte de Liefkenshoec, que se le rindió sin



grande resistencia ni pérdida considerable de los suyos. Mas no sucedió lo mismo al conde de Mansfeld en el de Lillo, mucho mas fortificado que el primero. Hicieron los sitiados una salida que causó grave pérdida á los españoles. En cuantos ataques á viva fuerza dieron éstos contra los del castillo, fueron constantemente repelidos. Con esto y las nuevas inundaciones que produjo el rompimiento de un dique, tuvo que desistir el conde de Mansfeld, y se retiró á los cuarteles de Alejandro.

Ya con la expugnacion del fuerte de Liefkenshoe, comenzaron los de Amberes á sentir dificultades en sus comunicaciones por el rio. No escaseaban los españoles sus fuegos contra todas las embarcaciones que subian y bajaban. Mas esto era poco para el príncipe de Parma, que aspiraba á cortar sus comunicaciones por entero. Para conseguir su objeto concibió el plan de construir una especie de puente ó de barrera, que partiendo de las dos orillas, cerrase completamente el puerto. Se burlaron mucho los habitantes de Amberes, y sobre todo su gobernador, cuando supieron el designio del de Parma, que atribuyeron á locura. Mas palparon pronto, á pesar suyo, la realidad de una empresa que en vista de los dos mil y cuatrocientos piés que tiene de ancho por aquella parte el rio, les parecia tan quimérica.

Para llevarlo á cabo eligió Alejandro dos puntos adonde el rio se presentaba un poco mas estrecho, llamados Calló y Ordan; éste en la orilla de Flandes y el segundo en la de Brabante. Eran inmensos los materiales que en vigas, tablas y otros artículos se necesitaban para esta obra gigantesca. Mas por la actividad desplegada en su acopio por el príncipe de Parma, se pasaron muy pocos dias antes de empezarla.

Se redujo la operacion á clavar fuertes estacas en el fondo del rio y asegurar sus cabezas por medio de vigas cruzadas que se colocaban horizontalmente, enlazándolas unas con otras con objeto de hacer la trabazon lo mas sólida posible. Sobre las vigas se colocaban tablas que

constituian el suelo de la obra, y donde los hombres estaban á pié enjuto. En las dos orillas se construyeron dos castillos de madera, tomando el de la parte de Brabante el nombre de San Felipe en honor del rey, y el de María Madre de Dios el de la de Flandes. Se dió al tablado de estos dos castillos las dimensiones suficientes para que pudiesen contener con bastante holgura cincuenta hombres. Los dos ramales que desde ambos castillos se avanzaban sobre el rio, no tenian mas que doce piés de anchura, de modo que diesen paso á ocho hombres de frente. A las extremidades de esta especie de estacada, se construyó tambien con tablas una especie de parapeto de cuatro piés de altura, á prueba de bala de arcabuz ó de mosquete.

De este modo, y mientras lo permitió la poca altura de las aguas, se construyó una línea de puente ó de estacada de nuevecientos piés por el lado de Brabante, y por la de Flandes de doscientos solamente. Entre los extremos de los dos ramales quedaba un hueco de mas de mil doscientos piés, donde era imposible la fijacion de estacas por la gran profundidad del rio y lo rápido de la corriente. Ideó el príncipe de Parma llenar este hueco con buques, lanchas ó cualquier género de embarcaciones. Mas no pudo por entonces hacerse con los suficientes, pues tenia que surtirse para esto de Dunkerque.

Mientras se procedia á la construccion de este puente, que era entonces asombro de la Europa, hacia expugnar Alejandro la plaza de Terramunda, situada tambien sobre el Escalda, para acabar así con toda comunicacion entre este punto y Amberes. Hizo la plaza bastante resistencia, sobre todo en su baluarte principal, y al principio sufrieron los nuestros graves pérdidas. Por fin tomaron los españoles este baluarte el 15 de agosto, y el 17 tuvo que rendirse la plaza, pagando sesenta mil florines para indemnizar los gastos de la guerra. Salió la guarnicion en número de seiscientos hombres sin armas ni caballos. Juró la ciudad obediencia al rey de España,



y á los calvinistas se les dió dos años de término para arreglar sus negocios, al fin de cuyo plazo tendrian que evacuarla.

Al saberse en Gante la noticia de la toma de Terramunda y los peligros que amenazaban sériamente á Amberes, trataron de entregarse al príncipe Alejandro, bajo las mismas condiciones que antes lo habian hecho los de Iprés y Brujas. Se negó el general español á la propuesta, haciendo sentir á los comisionados de la ciudad que vinieron á su campo, cuán diversas eran ya las circunstancias. Al fin se convinieron, pues si los de Gante tenían miedo, no eran menos los deseos de Alejandro de ocupar á Gante. Reconoció la ciudad la autoridad del rey, y pagó doscientos mil florines. Se sacaron de la cárcel todos los retenidos en ella por ser de la parcialidad del rey. Se restituyeron los templos al culto católico, y volvió su ejercicio al estado acostumbrado. En cuanto á los calvinistas, quedaron privados del suyo, y recibieron orden de evacuar la ciudad, aunque se les dió algun tiempo para que arreglasen sus negocios.

Con la ocupacion de Gante hizo Alejandro la adquisicion de los buques que necesitaba para dar fin á su famoso puente. No habia dificultad en hacerlos trasportar hasta cerca de Amberes, siendo ya dueños los españoles de Terramunda y Rupelmunda. Mas tenían que hacer un rodeo para llegar al punto de su destino, hallándose en medio Amberes, debajo de cuya plaza el puente se formaba. Para obviar este inconveniente mandó Alejandro hacer dos cortaduras en el dique de la Escalda; una en Callóo, por debajo de Amberes, otra en Borcht, por encima; con lo que habiéndose formado una inundacion entre ambos puntos, pudieron llegar las naves al primero sin tropezar con la ciudad que les cortaba el paso. Y habiéndose inutilizado este expediente por un reducto que los de Amberes construyeron en Borcht, tomó Alejandro el partido de abrir un canal de mas de cinco leguas, que aseguraba la comunicacion entre Callóo y un

pequeño rio que desagua muy cerca de Gante, en el Escalda.

Así se hizo Alejandro, sin molestia por los de Amberes, con veinte y ocho ó treinta naves, suficientes para llenar el hueco entre los dos ramales de la estacada ó puente de madera. Los colocó á lo largo, á veinte pasos uno de otro de distancia, sujetándolos con anclas y gruesas cadenas de hierro, cuyas extremidades estaban fuertemente ligadas con los dos extremos de este puente. Para asegurar la comunicacion de un buque á otro, se colocaron gruesas vigas cubiertas de tablas, dando á cada uno de estos puentes la misma anchura y colocando en ellos los mismos parapetos que en los dos contruidos sobre estacas.

Así se cerró completamente la comunicacion de Amberes con el rio. Para dar mas seguridad y aumentar la eficacia de este puente, se echaron otros dos, uno en la parte superior y otro en la inferior del Escalda, con simples barcas ligadas entre sí del mismo modo que los buques grandes, con fuertes barras puntiagudas de hierro por uno de los lados, para oponer mas obstáculos á los navíos que se presentaban. En cada buque se colocó artillería, y la misma operacion tuvo lugar en cada uno de los barcos chicos.

Bajo cualquier aspecto que esta construccion se considere, fué una obra admirable para aquellos tiempos, y aun es digna de las mayores alabanzas en los nuestros, donde tan adelantados se hallan todos los ramos del arte de la guerra. Mas que el ingenio del arte, lució en la construccion del puente de Amberes la audacia de haberle concebido, el arrojo y la constancia con que en medio de tantos obstáculos se consiguió llevarle á cabo. No se apartaban un momento de la obra los ojos vigilantes de Alejandro, y eran muy frecuentes las ocasiones en que para animar y entusiasmar á todos con su ejemplo, echaba él mismo mano al pico y á la azada. En los habitantes de la ciudad hizo una impresion dolorosa,



tanto mas profunda quanto se habia tenido á sueño y hasta escarnecido dicha obra, como fanfarronada por parte de Farnesio. Quedaba Amberes sin comunicacion ninguna con el mar, de donde aguardaba toda especie de auxilios y recursos. Con tan pocas fuerzas de tierra como tenian los confederados, en las comunicaciones por agua estaba puesta toda su esperanza. Por eso se esforzaba tanto Alejandro en cortárselas, reduciendo á bloqueo un sitio en que no se podia operar á viva fuerza.

Hemos visto ya, por disposiciones habilmente tomadas, caer en sus manos la plaza fuerte de Gante, situada tambien sobre el Escalda. La misma suerte aguardaba á Bruselas, donde comenzaban ya á sentirse los horrores del hambre, bloqueada como estaba por las tropas de Alejandro. Un convoy enviado por los de Malinas y Amberes, custodiado por mil hombres, cayó en una emboscada de los nuestros, en cuyas manos quedaron todos prisioneros. Privada la ciudad de este recurso, y sin esperanza de otros nuevos, trató de abrir sus puertas al de Parma, con cuyo objeto le enviaron embajadores á su campo de Beveren, donde al fin de dificultades y altercados, se rindieron bajo las condiciones, de que los ciudadanos volviesen á la obediencia del rey y fuesen restituidos á su gracia; que se devolviesen á los templos católicos todos los efectos que les habian robado; que las demas restituciones y reparaciones quedasen á cargo de los tribunales ordinarios; que dejasen los herejes la ciudad al cabo de dos años, dándoseles este término para el arreglo de todos sus negocios; que saliese la gente de guerra libre con sus armas y equipaje, pero sin banderas, sin mechas encendidas, sin tocar cajas ni trompetas, habiendo jurado primero que en cuatro meses los soldados y en seis los oficiales no tomarian las armas contra el rey de España.

No fueron las condiciones, como se vé, muy duras. Ninguna contribucion en dinero se impuso sobre el pueblo de Bruselas. Mas no le convenia á Alejandro el ser

muy exigente, ocupado como estaba en el sitio de Amberes, y sobre todo tratándose de la ocupacion de una ciudad tan importante, considerada como la capital de todos los Países-Bajos.

A la rendicion de Bruselas se siguió la de Nimega, capital de la provincia de Güeldres, que abrió sus puertas sin grande resistencia, aterrada probablemente con el ejemplo de las otras plazas fuertes que acababan de caer en manos de Alejandro.

Creció con estas pérdidas la turbacion y el miedo en los de Amberes. Comenzaban ya á mostrarse síntomas de descontento; mas el gobernador Santa Aldegundis, hombre de resolucion y de firmeza, supo tranquilizar los ánimos de los habitantes. La masa de la poblacion estaba enconada contra el rey católico. Allí tenia su asiento principal la insurreccion de los Países-Bajos, y desplegaba la energia y política de los confederados. A pesar del puente echado sobre el río, no habian perdido las esperanzas de comunicarse al fin con el Océano. En Middelburgo se preparaba una escuadra, con cuyo auxilio y los esfuerzos que se hiciesen por el lado de la plaza, aguardaban romper aquella barrera formidable.

Se hizo en efecto á la vela dicha expedicion marítima, mandada por Treslong, y aunque Farnesio no la creia de grande importancia por los disgustos que segun era fama mediaban entre aquel general y los confederados, no dejó Treslong de cumplir con su deber, subiendo el Escalda con su escuadra, sin que Farnesio pudiese por falta de navios oponerle resistencia. Cayeron los confederados sobre el fuerte de Liefkenshoec, que tomaron sin grande resistencia. Tampoco la encontraron en el de San Martin, otro mas pequeño de las inmediaciones, que ocuparon en seguida. Irritado Farnesio de tanta flojedad por parte de los suyos, trató de hacer un escarmiento público, mandando degollar á los principales jefes sobre el mismo dique del Escalda, á vista de los enemigos.

Dueños así los confederados de estos dos fuertes y